La naturaleza en "Pepita Jiménez" está a tono con los estados del alma del protagonista. Para que el cambio se produzca, para la fusión del misticismo en el erotismo, la acción transcurre adecuadamente entre los meses de abril y junio.

Clasicismo, hemos resaltado en el paisaje; clasicismo también en el estilo: acicalado, terso, rítmico. Suena deliciosamente al oído y a la vista. No olvidemos que Valera es, ante todo, un estilista. "Don Juan Valera —dice otro estilista, Azorín— en sus novelas, ha pintado el medio andaluz ¡Qué elegancia, qué pureza, qué caudalososidad en el maravilloso estilo de este supremo artista!".

"Pepita Jiménez", desde su aparición, ahora hace un siglo, fue aceptada como la obra maestra de Don Juan. La escribió, dirá más tarde en el prólogo a la edición en inglés, "en la más robusta plenitud de mi vida, cuando más sana y alegre estaba mi alma".

Ni siquiera el mismo Valera pudo, aunque lo pretendió, superarla.

La disertación de la culta profesora fue seguida con gran interés por el auditorio, que al final le dio una larga salva de aplausos.

Alumnos del Curso de Orientación Universitaria, dieron lectura a diversos trozos seleccionados de la obra de Valera.

El acto terminó con la audición musical de fragmentos de la ópera "Pepita Jiménez", de Albéniz, ilustrada con la proyección de artísticas diapositivas de nuestra ciudad y de su término, de la colección del doctor Don José L. González-Meneses, que agradaron mucho a los asistentes.

("La Opinión", 27 febrero 1974)

EN LA REAL ACADEMIA DE CORDOBA

SESION CONMEMORATIVA DE LA OBRA "PEPITA JIMENEZ"

"La Opinión", 27 abril 1974

Días pasados celebró la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, sesión extraordinaria para conmemorar el primer centenario de la publicación de la inmortal obra de Juan Valera "Pepita Jiménez", disertando los académicos numerarios don José Valverde Madrid y don Juan Gómez Crespo.

Don José Valverde dio lectura al siguiente trabajo:

En el año 1874, en un bache de su correspondencia a la que era tan aficionado el egabrense universal que fue don Juan Valera, coge la pluma y escribe los primeros capítulos de una novela a la que pone por título "Pepita Jiménez", los envía desde Doña Mencía a la Revista de España que creara hacía unos cuantos años en la capital de la Nación. Y decimos que había un bache epistolar pues después de la correspondencia con Serafín Estébanez Calderón, "El Solitario", que comprendía un grueso volumen desde el año 1854 no tenía Valera un interlocutor de su categoría. Años más tarde lo tuvo en Menéndez Pelayo que desde 1878 se escribiera con Valera casi diariamente. La labor recopiladora de Artigas y Sáinz Rodríguez hicieron que su publicación constituyera el suceso literario del año 1930.

Escribe Valera la novela de un tirón, desde enero a marzo. En el mes de noviembre ya está terminada y pide a don Francisco Moreno Ruiz que le proporcione una fotografía de Doña Mencía para que un dibujante y grabador saquen una bella portada para la edición que costeara él mismo o sea, la primera de la obra inmortal. Esta carta, que merced a la generosidad del señor Navas he podido allegar, es interesantísima en todos aspectos. Tiene la fecha de 18 de noviembre y la dirige desde Madrid, ya recolectada la uva. Habla también de cuentas del lagar de su cosecha al señor Moreno. Otras cartas de este tiempo son las que dirige a su esposa doña Dolores Delavat Areas. Con esta señora, de la que estaba perdidamente enamorado, estaba casado desde el año 1867 pero con ellos vivía la suegra y era una espada que se interponía entre el matrimonio y acordaron separarse, pero una separación amistosa en la que eran frecuentes las misivas y el envío de los hijos para que estuvieran temporadas con cada uno.

La casa en la que se escribió esta bella novela no fue en la de los Alcalá-Galiano de Doña Mencía que es en la calle Vuelta del Sacramento, sino en la calle Llana, en una bella casa que está junto a una casa de labor, de la que formaba parte, y que comprara don Juan Valera en la suma de veintiocho mil pesetas ya que la casa mayorazga, por así decirlo, de los Alcalá-Galiano había pertenecido en la partición de los bienes de doña Dolores Alcalá-Galiano, marquesa de la Paniega, que era su madre, a su medio hermano don José Freuller Alcalá. Pues dicha señora estaba casada dos veces, la primera con don Salvador Freuller, general suizo al servicio de España, con el que tendría el hijo a que antes hemos hecho mención, y en segundo lugar con un marino, natural del Puerto de Santa María; don José Valera Viaña.

Muerto el padre de don Juan en el año 1859, su hermana Ramona en

el de 1867 y su madre en el año 1872, por un desgraciado accidente en París, se encontró don Juan Valera con la administración de cuantiosos bienes a lo que se dedicó en el tiempo que, por no estar en el Gobierno los liberales, no estaba destinado en misiones diplomáticas. Tenía cincuenta años como antes hemos dicho y desde el año 1861 ya era nada menos que académico de número de la Real Academia de la Lengua, Academia en la que se destacaba por su crítica literaria. Pero novelista propiamente tal no había sido hasta entonces. Tardío pero cierto, pues la obra creada supera en mucho a la novelística de su tiempo, por la donosura de su prosa. Múltiples ediciones se hicieron de esta magnífica novela entre las que hay que destacar en primer lugar la edición de lujo que en el año 1925 lanzara la casa Calpe, y que ilustrara formidablemente el pintor prieguense Adolfo Lozano Sidro. Otra edición que hay que destacar la que ilustrara Fernando Marco editada por Biblioteca Nueva y que ha llegado a la undécima edición. La edición prologada por Azaña tiene la densidad del prólogo de este escritor. Está reproducido en estudios sobre don Juan Valera que publicó recientemente Alianza Editorial y en el primer volumen de sus Obras Completas que editara en Méjico Marichalar.

La Real Academia de Córdoba que con ocasión del centenario de Valera lanzara aquel bello ejemplar de su Boletín dedicado enteramente a él piensa con ocasión de este centenario editar otro, pues la novela inmortal bien lo merece.

A continuación el profesor Gómez Crespo hizo notar la creciente actualidad de don Juan Valera, como se puede comprobar con el reciente número de publicaciones sobre temas valerianos, entre ellas los "Ensayos sobre Valera", de don Manuel Azaña, las aportaciones del profesor Cyrus de Coster, el epistolario con Estébanez Calderón, el libro "Dos españoles en Rusia" y el de Vicente Marrero, "Historia de una amistad", alusiva a la que unió de modo entrañable y ejemplar a Pereda, Rubén Darío, Clarín. Valera, Menéndez Pelayo y Pérez Galdós, figuras tan destacadas en el panorama literario de su tiempo.

Tras un examen de las luchas políticas en la pasada centuria, hizo notar el espíritu liberal y tolerante de Valera, su españolismo, su saber, su espíritu agudo y penetrante y su depurado estilo literario.

Para Valera era un presupuesto indeclinable la libertad del individuo, problema que aflora siempre en el fondo de su obra, de ahí que no se aviniera fácilmente a la disciplina de partido.

Diputado a Cortes por Archidona, su amistad con el general Serrano le lleva a la Unión Liberal, el partido intermedio entre progresistas y moderados, que presidió O'Donnell, y que muerto éste se integraría en el

frente antidinástico que acabó en Alcolea con el reinado de Isabel II, en septiembre de 1968.

Formó parte Valera de la Comisión que se trasladó a Florencia para notificar a don Amadeo de Saboya su elección como Rey de España, lo que no fue obstáculo para que años después figurase en el sector liberal que reconoció la restauración de Alfonso XII y que aconsejara a Menéndez Pelayo a que hiciera otro tanto.

Como hace notar Azaña, su finura espiritual impidió a Valera ser un fanático, por lo que en sus cartas a don Marcelino no se recata en prodigar sus ataques a quienes a su entender lo merecían sin tener en cuenta el sector político a que pertenecieran.

En el citado libro de Marrero se califica esta correspondencia como un vademecum de lo que debe ser la vida literaria de la mejor ley, amena, sabia, españolísima y abierta a los más universales horizontes.

LA AGRICULTURA Y VALERA

Por Bernardo V. CARANDE

En vista de que no sabemos lo que hacer con el agro, salvo esquilmarlo; de que la agricultura no es competitiva, por lo que no podremos fichar a ningún centrocampista extranjero; y de que los discursos —ahora que las rogativas procesionales se llevan menos— no terminan de lograr que llueva, a tiempo, va a ver que volver a las fuentes. No las termales, que están en desuso; las minerales, con programado grifo; ni las manantiales, que se secaron, desecaron o apestan; sino las coyunturales —¡bella palabreja!— de aquellas experiencias humanas que fueron. Para buscar en ellas comprensión **illo tempore** de asuntos naturales, sin fecha, ni techo.

Puede valer muy bien ese don Juan Valera, hijodalgo egabrense, señorito de Doña Mencía, adecuado agricultor arruinado y escritor nacional. Experto en razones profundas que escribe desde dentro de sí mismo. Este don Juan Valera y Alcalá-Galiano, hijo de liberal y de marquesa, cuyos restos han vuelto estos días —loado sea— a la paz del principio, a la patria solar. Valera, el preferido de Manuel Azaña, el precursor social. Adelantado en todo a su época. Uno de los primeros emigrados interiores (y exteriores, si contamos su gestión diplomática) del país. A ver qué nos dice de su agricultura. ¿Cómo estaba el campo entonces?, ¿qué nociones suyas nos vuelven a dar el nexo perdido? A este paso llegará un día que